

CAPITULO V.

De cómo tomé posada, y la desgracia que me sucedió en ella.

Sali de la cárcel, halléme solo y sin los amigos: aunque me avisaron que iban camino de Sevilla á costa de la caridad, no los quise seguir. Determinéme de ir á una posada donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, á veces entremetida y á veces entresacada y salida. Ceceaba un poco, tenía miedo á los ratones, preciábase de manos; y por enseñarlas siempre despabilaba las velas; partía la comida en la mesa; en la iglesia siempre tenía puestas las manos; por las calles iba enseñando qué casa era de uno y cual de otro; en el estrado de continuo tenía un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba á algún juego, era siempre al de pizpirigaña, por ser cosa de mostrar manos; hacia que hostezaba adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa tenía ya tan manoseada, que enfadaba ya á sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenían trato de alquilarla, con muy buena ropa, á tres moradores. Fui el uno yo, el otro un portugués, y un catalán. Hicieronme muy buena acogida. A mí no me pareció mal la moza para el deleite, y lo otro, la comodidad de hallármela en casa. Dí en poner en ella los ojos: contábase cuentos que yo tenía estudiados para entretener; traíales nuevas, aunque nunca las hubiese; servíales en todo lo que era de balde. Díjelas que sabía (1) encantamientos y que era nigromante, y que haría que pareciese que se hundía la casa y que se abrasaba, y otras cosas que ellas (como buenas creederas) tragaron. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada; que como no estaba tan bien vestido como era razón (aunque ya me había algo mejorado de ropa por medio del alcaide, á quien visitaba siempre, conservando la sangre á pura carne y pan que le comía), no hacían de mí el caso que era justo.

Dí, para acreditarme de rico que lo disimulaba, en enviar á mi casa amigos á buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno el primero preguntando por el señor don Ramiro de Guzman; que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habían dicho que no era de costa el mudarse los nombres, ántes muy útil. Al fin preguntó por don Ramiro, un hombre de negocios, rico, que hizo agora dos asientos con el Rey. Desconociéronme en esto las huéspedes, y respondieron que allí no vivía sino un don Ramiro de Guzman, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre. «Ese es (replicó) el que yo digo, y no quisiera más renta al servicio de Dios que la que tiene de más de dos mil ducados.» Contóles otros embustes: quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida que traía á cobrar en mí, de nueve mil escudos; díjoles que me la diesen para que la aceptase; y fuése. Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulación, y en entrando me dieron la cédula, diciendo: «Dineros y amor mal se encubren, señor don Ramiro: ¿cómo que nos escondía vuesa merced quién es, debiéndonos tanta voluntad?» Yo hice como que me había disgustado por el dejar de la cédula, y fuíme á mi aposento. Era de ver cómo, en

(1) encantamientos (R. M. F.)

creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no había tal donaire como el mio. Yo, que las ví cebadas, declaré mi voluntad á la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas. Apartámonos, y una noche (para confirmarlas más en mi riqueza) corríme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado, y sacando cincuenta escudos, los conté tantas veces, que oyeron contar seis mil escudos. Fué esto (de verme con tanto dinero) para ellas todo lo que podía desear, porque se desvelaban (2) para regalarme y servirme.

El portugués se llamaba o señor Vasco de Menezes, caballero de la Cartilla, digo de Christus. Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Ardía por doña Berenguela de Rebollo (que así se llamaba); enamorábala sentándose á conversacion, y suspirando más que beata en sermón de cuaresma. Cantaba mal; y siempre andaba apuntado (3) con él el catalán, el cual era la criatura más triste y miserable que Dios crió. Comía á tercianas, de tres á tres días, y el pan tan duro, que apenas le podía morder un maldiciente. Pretendía por lo bravo, y si no era poner güevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decía que era un piojoso, pícaro, desarropado; el catalán me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabía todo, y á veces lo oía; pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin la moza me hablaba y recibía mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: «Este atrevimiento, su mucha hermosura de vuesa merced;» decía lo de me abraso, trataba de penar, ofrecíame por esclavo, firmaba el corazón con la saeta. Al fin llegamos á los tús; y yo (para alimentar más el crédito de mi calidad) salíme de casa y alquilé una mula, y arrebozado y mudando la voz vine á la posada, y pregunté por mí mismo, diciendo si vivía allí su merced del señor don Ramiro de Guzman, señor del Valcerrado y Vellorete. Aquí vive, respondió la niña, un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo. Y por las señas dije yo que era él, y la supliqué que le dijese que Diego de (4) Solórzano, su mayordomo que fué de las depositarias, pasaba á las cobranzas, y le había venido á besar las manos. Con esto me fui, y volví á casa de allí á un rato.

Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenía escondido el ser señor del Valcerrado y Vellorete; diéronme el recado. Con esto la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese á hablar á la una de la noche por un corredor que caía á un tejado, donde estaba la ventana de su aposento. El diablo, que es agudo en todo, ordenó que venida la noche, (5) yo, deseoso de gozar de la ocasión, me subí al corredor; y por pasar desde él al tejado que había de ser, vánseme los pies, y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas y quedaron estampadas en (6)

(2) por regalarme, (R. M. F.)

(3) con el catalán (Id.)

(4) Solórzano, (Z. R. P.)

(5) y yo, deseoso (M. F.)

(6) mis costillas. (Id.)

las costillas. Al ruido despertó la media casa, y pensando que eran ladrones (que son antojadizos dellos los deste oficio), subieron al tejado. Yo, que vi esto, quísemme esconder detras de una chimenea, y fué aumentar la sospecha, porque el escribano y dos criados y un hermano me molieron á palos y me ataron á vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reía mucho, porque como yo la había dicho que sabía hacer burlas y (1) encantamientos, pensó que había caído por gracia y nigromancia, y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daba aullidos; y era lo bueno que ella pensaba que todo era artificio, y no acababa de reír. Comenzó luego á hacer la causa; y porque me sonaron unas llaves en la faldriquera, dijo y escribió que eran ganzúas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjele que era don Ramiro de Guzman, y rióse mucho. Yo, triste (que me había visto moler á palos delante de mi dama, y me vi llevar preso sin razón y con mal nombre), no sabía qué hacerme. Hincábame delante del escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios; y ni por esas ni por esotras bastaba con el escribano á que me dejase.

Todo esto pasaba en el tejado; que los tales aun de las tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme abajo, y lo hicieron por una ventana que caía á una pieza que servía de cocina.

CAPITULO VI.

En que prosigue lo mismo, con otros varios sucesos.

No cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fué dar en el tejado, sino en las fieras y crueles manos del escribano; y cuando me acordaba de lo de las ganzúas que (2) me habían hallado en la faldriquera, y las hojas que había escrito en la causa, eché de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano. Pasé la noche en revolver trazas: unas veces me determinaba rogárselo por Jesucristo, y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevía. Mil veces me quise desatar, pero sentíame luego, y levantábase á visitarme los nudos; que más velaba él en cómo forjaría el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse á tal hora, que en toda su casa no había otros levantados sino él y los testimonios. Agarró la correa, y volvíome á reparar muy bien (3) las costillas; reprehendióme el mal vicio de hurtar, como quien tan bien lo sabía. En esto estábamos, él dandome, y yo casi determinado de darle á él dineros (que es la sangre con que se (4) labran semejantes diamantes), cuando incitados y forzados de los (5) ruegos de mi querida, que me había visto caer y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha, entraron el portugués y el catalán; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar (6) por cómplices en el proceso.

El portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de

(1) encantamiento, (R.) — encantamientos, (M. F.)

(2) decía haberme hallado (M. F.)

(3) las costillas; reprehendiéndome (Id.)

(4) labra la dureza de semejantes (Id.)

(5) amorosos ruegos (Id.)

(6) al punto por cómplices (Id.)

palabras, diciéndole que él era caballero fidalgo de casa del Rey, y que yo era un home muito fidalgo, y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme á desatar, y al punto el escribano clamó (7) «¡resistencia!», y dos criados suyos (entre corchetes y ganapanes) pisaron las capas, (8) deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido; y pedían favor al Rey. Los dos al fin me desataron; y viendo el escribano que no había quien le ayudase, dijo: «Voto á (9) N., que esto no se puede hacer conmigo, y que á no ser vuestas mercedes quien son, les podría costar caro. Manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés. Yo vi luego la letra, saqué ocho reales y díselos, y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero por no confesar que los había recibido, lo dejé, y me fui con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescate, con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Refase el catalán mucho, y decía á la niña que se casase conmigo para volver el refrán al revés, que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos. Traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba á visitarlos, trataba luego de vear, otras veces de leña y madera. Yo, que (10) me vi corrido y afrentado, y que ya me iban dando en la flor de lo rico, comencé á tratar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche á prender. Llegaron la señalada, y requirieron á la huéspeda que venían de parte del Santo Oficio, y que convenia secreto. Temblaron todos por lo que yo me había hecho nigromántico con ellas. Al sacarme á mí callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda; y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no (11) chistó alma terrena. Dejéronles salir, y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaban al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían á buscar, (12) que eran demonios, y que yo tenía familiar; y cuando les contaba del dinero que yo había contado, decían que parecía dinero, pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello. Yo saqué mi ropa y comida horra.

Dí traza con los que me ayudaron de mudar de hábito y ponerme calza de obra y vestido al uso, cuellos grandes, y un lacayo en menudos dos lacayuelos, que entónces era uso. Animáronme á ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con la ostentación á título de rico, y que era cosa que sucedía muchas veces en la corte; y aun añadieron que ellos me encaminarian parte conveniente y que me estuviese bien, y con algún arcaduz por donde se siguiese. Yo, negro, cudicioso de pescar mujer, determinéme. Visité no sé cuántas almonedas, y compré mi aderezo de casar; supe dónde se alquilaban caballos, y

(7) con algazara «resistencia» (M. F.)

(8) y deshiciéronse (Id.)

(9) tal, que eso no (Id.)

(10) muy corrido (Z. R. P.)

(11) chistó (Id.)

(12) y que eran (M. F.)

espéteme en uno el primer día, y no hallé lacayo. Salíme á la calle Mayor, y púsemme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno.

Llegáronse dos caballeros, cada cual (1) con su caballo; preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos. Yo solté la presa, y con mil cortesías los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado á bureo, y yo (que si no lo tenían á enfado) que los acompañaría. Dejé dicho al mercader que si venían allí mis pajes y un lacayo, que los encaminase al Prado; dí señas de la librea, (2) y metíme entre los dos, y caminámos. Yo iba considerando que á nadie que nos veía era posible el determinar y juzgar cuyos eran los pajes y lacayos, ni cuál era el que no (3) le llevaba. Empecé á hablar muy recio de las cañas de Talavera y de un caballo que tenía porcelana. Encarecíles mucho el (4) roldaneso que esperaba que me habían de traer de Córdoba. En topando algun paje, caballo ó lacayo les hacía parar, y les preguntaba cuyo era, y también decía de las señas y si le querían vender. Hacíale dar dos vueltas en la calle; y aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decía lo que había de hacer para remediarlo; y quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados, y á mi parecer diciendo «quién será este tagarote escuderon» (porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes, que era hábito y encomienda todo junto), dije yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y á otro primo mio que entráramos en unas fiestas. Llegámos al Prado, y en entrando saqué el pié del estribo y puse el talon por defuera, y empecé á pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cuál decía: «Este yo le he visto á pié;» otro: «Lindo va el buscon.» Yo hacia como que no oía nada, y paseaba.

Llegáronse á un coche de damas los dos y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tía. Eran las vejezuelas alegres; la una de cincuenta y la otra punto menos. Díjelas mil ternezas, y oíanme: que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción. Prometíles regalos, y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas; y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario, que las vieses colocadas como merecían, y agradóles mucho la palabra *colocadas*. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote. «Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia en eneros, que una judía poderosa; que por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pié de cuarenta mil ducados de renta. Y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada.» Saltó tan presto la tía: «¡Ay señor, y cómo le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta; que le prometo que con (5) ser yo no muy rica no he

(1) en su caballo; (M. F.)
(2) metíme (Id.)
(3) los llevaba. (Id.)
(4) roldanesco (Id.)
(5) no ser yo (La impresión de Sancha.)

querido casar mi sobrina (con salirle ricos casamientos), por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre.» «Eso creo yo muy bien (dije yo).» En esto las doncellitas remataron la conversacion con pedir algo de merendar á mis amigos.

Mirábase el uno al otro,
Y á todos tiembla la barba.

Yo, que vi (6) ocasion, dije que echaba menos mis pajes, por no tener con quién enviar á casa por unas cajas que tenía. Agradeciéronmelo, y yo las supliqué se fuesen á la Casa del Campo al otro día, y que yo las enviaria algo fiambre. Aceptaron luego; dijéronme su casa y preguntaron la mia; y con tanto se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzámos á caminar á casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme; y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Hiceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar á buscar mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia. Fuíme, quedando concertado de vernos á la tarde en la Casa del Campo.

Fuí á dar el caballo al alquilador, y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quiniollas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinámos enviar la merienda sin falta, y gastar docientos reales en ella. Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche, con el cuidado de lo que había de hacer con el dote; y lo que más me tenía en duda era el hacer dél una casa ó darlo á censo; que no sabía yo qué sería mejor y de más provecho para mí.

CAPITULO VII.

En que se prosigue el cuento con otros sucesos y desgracias notables.

Amaneció, y (7) despertámos á dar traza en los criados, plata y merienda. Al fin, como el dinero hadado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándosela á un repostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenía alquilado un caballico. Tomé el camino á la hora señalada para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, (8) y asomados unos papeles. Llegué, y ya estaban allí las dichas y los caballeros y todo. Recibieronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Felipe Tristan; y en todo el día (9) había otra cosa sino don Felipe acá y don Felipe allá. Yo comencé á decir que me había visto tan ocupado con negocios de su majestad y cuentas de mi mayorazgo, que había temido el no poder cumplir; y que así, las aperecibía á merienda de repente. En esto llegó el repostero con su jarca, plata y mozos; los otros y ellas no hacían sino mirarme y callar. Mandéle que fuese al cenador; y que aderezase allí; que entre tanto nos íbamos á los estanques. Lle-

(6) la ocasion (Edición de Sancha.)
(7) despertámonos (M. F.)
(8) asomándose algunos de ellos. (El ejemplar de Sancha.)
(9) no había (Id.)

gáronse á mí las viejas á hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto desde que Dios me erió tan linda cosa como aquella (1) en quien yo tenía asestado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y (2) zazosita. La otra no era mala, pero tenía más desenvoltura, y dábame sospechas de hoci-cada. Fuímos á los estanques, vímoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Heródes por inocente: no sabía. Pero, como yo no quiero á las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas; y si son feas y discretas, es lo mismo que acostarse con Aristóteles ó Séneca ó con un libro, — procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas: esto me consoló. Llegámos cerca del cenador, y al pasar de una enramada prendióseme en un árbol la guarnicion del cuello, y desgarróseme un poco. Llegó la niña, y prendiómelo con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello á su casa al otro día, que allá le aderezaria doña Ana, que así se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo, mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles; y estando en esto vi venir un caballero con dos criados por la huerta adelante; y cuando menos me cató, conozco á mi buen don Diego Coronel.

Acercóse á mí, y como estaba en aquel hábito, no hacia sino mirarme. Habló á las mujeres y tratólas de primas, y á todo esto no hacia sino volver á mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero; y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversacion con él. Preguntóles (según se echó de ver despues) mi nombre, y ellos dijeron don Felipe Tristan, un caballero muy honrado y rico. (3) Víale yo santiguarse. Al fin, delante dellas y de todos se llegó á mí, y dijo: «Vuesa merced me perdone; que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar.» Rieronse todos mucho, y yo me esforcé, para que no me desmintiese la color, y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo. «¡Jesus! (hacia el don Diego) ¿Cómo parecido? El talle, la habla, los meneos, no he visto tal cosa. Digo, señor, que es admiracion grande, y que no he visto cosa tan parecida.» Entónces las viejas, tía y madre, dijeron que cómo era posible que un caballero tan principal se pareciese á un pícaro tan bajo como aquel; y porque no sospechase nada dellas, dijo la una: «Yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido en Ocaña.» Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y sería servirles con mi poca posibilidad en todas partes. El don Diego se me ofreció, y pidió perdon del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero, y añadía: «No lo creará vuesa merced: su madre era hechicera, su padre ladrón y su tío verdugo, y él el más ruin hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo.» ¿Qué sentiria yo oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas? Estaba

(1) que yo tenía (M.)
(2) zazositas. (Id.)
(3) Víale (M. F.)

(aunque lo disimulaba) como en brasas. Tratámos de venirnos al lugar. Yo y los otros dos nos (4) despedimos, y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo; y la madre y tía dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me quería casar con Anica; que se informase, y veria (5) si era cosa, no solo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, á San Felipe. Nosotros nos fuímos á casa juntos como la otra noche. Pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme: yo entendíles la flor y sentéme; sacaron naipes (eran hechizos como pasteles); perdi una mano, dí enirme por abajo y ganéles cosa de trecientos reales, y con tanto me despedí y vine á mi casa. Topé á mis compañeros licenciado Brandalagas y Pero Lopez, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes. En viéndome lo dejaron por preguntarme lo que me había sucedido; no les dije más de que me había visto en un grande aprieto. Contéles cómo me había topado con don Diego, y lo que me había sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase, y no desistiese de la pretension por ningun camino ni manera.

En esto supimos que se jugaba en casa de un vecino boticario juego de parar: entendíalo yo entónces razonablemente, porque tenía más flores que un mayo y barajas hechas lindas. (6) Determinámonos de ir á darles un muerto (que así llaman (7) el enterrar una bolsa): envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dijeron si gustarian de jugar con un fraile benito que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venía enfermo y traía mucho del real de á ocho y escudo. Crecióles á todos el ojo, y clamaron: «Venga el fraile en hora buena.» «Es hombre (8) grave en la órden (replicó Pero Lopez), y como ha salido, se quiere entretener; que él más lo hace por la conversacion.» «Venga, y sea por lo que fuere.» «Por el recato...» dijo Brandalagas. «No hay tratar de más», respondió el huésped. Con esto ellos quedaron ciertos del caso, y creida la mentira. Vinieron los acólitos: ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de fraile benito (que en cierta ocasion vino á mi poder), unos anteojos y (9) la barba, que por ser atusada no desayudaba. Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego; ellos levantaban bien, y iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les dí tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé más de mil y trecientos reales. Dí barato, y con mi «Lóado sea nuestro Señor» me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar; que era entretenimiento, y no otra cosa.

Los otros (que habían perdido cuanto tenían) dábanse á mil diablos; despedíme, y salímonos fuera. Venimos á casa á la una y media, y acostámonos despues de haber partido la ganancia. Consoléme con esto algo de lo sucedido, y á la mañana me levanté á buscar mi caballo,

(4) despedimos. (M. F.)
(5) era cosa. (Id.)
(6) Determinámonos (Id.)
(7) al enterrar (Id.)
(8) muy grave (Id.)
(9) una barba. (Z. R. P.)

y no hallé por alquilar ninguno; en lo cual conocí que había otros muchos como yo, pues andar á pié parecía mal, y más entónces. Fuíme á San Felipe, y topéme con un lacayo de un letrado (que tenía un caballo y le guardaba), que se había acabado de apearse á oír misa; metíle cuatro reales en la mano porque miéntras su amo estaba en la iglesia me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora. Consintió; subí en él, y di dos vueltas calle arriba y calle abajo, sin ver nada; y al dar la tercera asomóse doña Ana. Yo, que la ví, y no sabía las mañas del caballo ni era buen jinete, quise hacer (1) galantería; diéle dos varazos, tiréle de la rienda; empínase, y tirando dos coces, aprieta á correr, y da conmigo por las orejas en un charco. Yo, que me vi así, y rodeado de niños que se habían llegado (y delante de mi dama), empecé á decir: «¡ Oh hi de puta, no fuéades vos Valenzuela! Estas temeridades me han de acabar: habíame dicho las mañas, y quise porfiar con él.» Traía el lacayo ya el caballo, que se paró luego; yo torné á subir, y al ruido se había asomado don Diego Coronel, que vivía en la misma casa de sus primas. Yo, que le ví, me demudé. Preguntóme si había sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa, que no saliese su amo y lo viese; que había de ir á palacio. (2) Y soy tan desgraciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detrás el letrado, y conociendo su rocín, arremete al lacayo y empieza á darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo á nadie; y lo peor fué que, volviéndose á mí, me dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama y de don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningún azotado. Estaba tristísimo, y con mucha razón, de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hube de apearse. Subió el letrado, y fuése, y yo, por hacer la deshecha, quedé hablando desde la calle con don Diego, y dije: «En mi vida subí en tan mala bestia. Está ahí mi caballo overo en San Felipe, y es muy desbocado en la carrera y troton; dije cómo yo le corría y hacia parar; dijeron que allí estaba uno en que no lo haría (y era deste licenciado); quise probarlo: no se puede creer qué duros de caderas, y con tan mala silla, que fué milagro no matarme.» «Si fué, dijo don Diego; y con todo, parece que se siente vuesa merced de esa pierna.» «Si siento, dije yo entónces; y me querria ir á tomar mi caballo y á casa.» La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima y sentimiento (como se lo eché de ver) de mi caída; mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado y lo que había pasado en la calle, y fué totalmente causa de mi desdicha; fuera de otras muchas que me sucedieron. Y la mayor y fundamento de las otras fué que cuando llegué á casa, y fui á ver una arca, adonde tenía en una maleta todo el dinero que me había quedado de mi herencia y de lo ganado al juego (ménos cien reales que yo traía conmigo), hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero Lopez habían cargado con ello y no parecían. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decía entre mí: «¡ Mal haya quien fia en

(1) galanterías; (M. F.)
(2) Yo soy (R.)

hacienda mal ganada, que se va como se viene! Triste de mí! ¿qué haré?» No sabía si ir á buscarlos, si dar parte á la justicia. Esto no me parecía bien, porque si los prendían, habían de achacar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca; pues seguirlos, no sabía por dónde.

Al fin, por no perder también el casamiento (que ya yo me consideraba remediado con el dote), determiné de quedarme y apretarlo sumamente. Comí, y á la tarde alquilé mi caballico, y fuíme hácia (3) la calle de mi dama. Y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba á la esquina, ántes de entrar, á que pasase algún hombre que lo pareciese, y en pasando partía detrás dél, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detrás, hasta que volviése otro que lo pareciese, y así daba otra vuelta. Yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, ó si fué la sospecha del caballo y lacayo del letrado, ó qué se fué, que él se puso á inquirir quién era y de qué vivía, y me espiaba. En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente; y él, acosado dellas, que tenían gana de acabarlo, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla (que fué el que me convidó á comer cuando yo estaba con los caballeros); y este, enojado de que yo no le había vuelto á ver, hablando con don Diego, y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó á comer, y que no había dos días que me había topado á caballo muy bien puesto, y le había contado cómo me casaba riquísimamente. No aguardó más don Diego; y volviéndose á su casa, encontró con los dos caballeros del hábito y la cadena amigos míos, junto á la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba; y dijoles que se aparejasen, y en viéndome á la noche en la calle, (4) que me magullasen los cascos, y que me conocieran en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y en entrando en la calle, topáronme; y disimularon de suerte los tres, que jamás pensé que eran tan amigos míos como entónces. Estuvimos en conversacion tratando de lo que sería bien hacer á la noche hasta el Ave-María. Entónces (5) despidiéronse los dos, echaron hácia abajo, y yo y don Diego quedámos solos y echámos á San Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz dijo don Diego: «Por vida de don Felipe, que troquemos las capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan.» «Sea en buen hora, dije yo.» Tomé la suya inocentemente, y diéle la mía en mala: ofrecíle mi persona para hacerle espaldas; mas él (que tenía trazado el deshacerme las mías) dijo que le importaba ir solo; que me fuese.

No bien me aparté dél con su capa, cuando ordena el diablo que dos que lo aguardaban para (6) cintearlo, por una mujercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego: levantan, y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí; di voces; y en ellas y la cara conocieron que no era yo. Huyeron, y quedéme en la calle con los cintarazos; disimulé tres ó cuatro chichones que tenía, y detúveme un rato, que no osé entrar

(3) la calle; y como no llevaba (Z. R. P.)
(4) me magullasen (M.) — me magullasen (F.)
(5) despidiéronse (M. F.)
(6) cintearlo (R. Z. P.)

en la calle de miedo. En fin, á las doce, que era la hora que solía hablar (1) con ella, llegué á la puerta, y emparejando, cierra uno de los dos que me aguardaban por don Diego, con un garrote conmigo, y dame dos palos en las piernas y derríbame en el suelo; y llega el otro, y dame un trasquilón de oreja á oreja; (2) y quítanme la capa y déjanme en el suelo, diciendo: «Así pagan los pícaros embustidores mal nacidos.» Comencé á dar gritos y á pedir confesion; y como no sabía lo que era, aunque sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien me había salido con la traza de la Inquisición, ó el carcelero burlado, ó mis compañeros huidos, y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía á quién echársela; pero nunca sospeché en don Diego ni en lo que era, —daba voces: «A los capeadores.» A ellas vino la justicia: levantáronme, y viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa ni saber lo que era, asíéronme para llevarme á curar. Metiéronme en casa (3) de un barbero: curóme; preguntáronme dónde vivía, y lleváronme allá.

Acostéme, y quedé aquella noche confuso y pensativo, viendo mi cara partida en dos pedazos, (4) magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas, de los palos, que no me podía tener en ellas ni las sentía. Yo quedé herido, robado, y de manera que ni podía seguir á los amigos ni tratar del casamiento, ni estar en la corte ni ir fuera.

CAPITULO VIII.

De mi cura y otros sucesos peregrinos.

Hé aquí á la mañana amanece á mi cabecera la huésped de casa, vieja de bien, edad de marzo, cincuenta y cinco (a), con su rosario grande, y su cara hecha en orejon ó cáscara de nuez, según estaba arada. Tenía buena fama en el lugar, y echábase á dormir con ella y con cuantos querían; templaba gustos y careaba placeres. Llamábase Tal de la Guía, alquilaba su casa y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero cuáles cosas había de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que ríese siempre, hasta en los pésames; á la de buenas manos, se las enseñaba á esgrimir; á la rubia, un bamboleo de cabellos y un asomo de (5) vedejas por el manto y la toca; á buenos ojos, lindos bailes con las niñas, (6) ya dormidillos cerrándolos, ya elevaciones mirando arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban, y les corregía las (7) caras

(1) á mi dama, llegué á la puerta; y en emparejando, cierra conmigo uno de los dos que me aguardaban por don Diego, y con un garrote dame (M. y es mejor lección.)

(2) quítanme (M. F.)

(3) un barbero (M.)

(4) magullado (F.)

(a) En el original se leería por aventura edad de más de cincuenta y cinco.

(5) vedejas (R. F.)

(6) y á dormidillos cerrándolos, y á elevaciones (Los impresos todos.)

—Entiendo que dormidillos es sustantivo, como cernidillos y otras voces á este modo que se hallan en obras de QUEVEDO, particularmente en las obscenas. Si me equivoco y es adjetivo, hay que suponer entónces estragado el texto, y reformarle estampando: á buenos ojos, lindos bailes con las niñas, ya dormidillos cerrándolos, ya elevándolos mirando arriba.

(7) caras, que al entrar (M. F.)

de manera que al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocían sus maridos; y en lo que ella era más extremada era en remendar virgos y adobar doncellas. En solos ocho días que yo estuve en casa la ví hacer todo esto; y para remate de lo que era, enseñaba á pelar, y (8) refranes que dijese, á las mujeres. Allí les decía cómo habían de (9) encajar la joya, las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto y obligacion. Enseñaba (10) pediduras para dinero seco, y (11) pediduras para cadenas y sortijas. Citaba á la Vidana, su concurrente en Alcalá, y á la Plañosa, en Búrgos; mujeres de todo embustir. Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver á las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me dijo; y empezó por estas palabras (que siempre hablaba por refranes): «De do sacan y no pon, hijo don Felipe, presto llegan al hondon; de tales polvos, tales lodos; de tales bodas, tales tortas. Yo no te entiendo ni sé tu manera de vivir; mozo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que durmiendo caminamos á la huesa. Yo, como montón de tierra, te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan á mí que has despendido mucha hacienda sin saber cómo, y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías? Dime con quién andas, hijo, y diréte quién eres; cada oveja con su pareja; sábetelo, hijo, que de la mano á la boca se pierde la sopa. Anda, bobillo; que si te inquietaban mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpetuo en esta tierra de esa mercadería, y que me sustento de las posturas así que enseño como que pongo, y quedámonos con ellas en casa; y no andarte con un pícaro y otro pícaro, tras una alcorzada y otra redomada, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que (12) te hubieras ahorrado muchos ducados si te hubieras encomendado á mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados y difuntos, y así yo haya buen acabamiento, que aun los que me debes de la posada no te los pidiera agora, á no haberlos menester para unas candelicas y yerbas» (que trataba en botes sin ser boticaria, y si la untaban las manos, se untaba, y salía de noche por la puerta del humo).

Yo, que ví que había acabado la plática y sermón en pedirme (que con ser su tema, acabó en él, y no comenzó, como todos lo hacen), no me espanté de la visita; que no me la había hecho otra vez miéntras había sido su huésped, sino fué un día que me vino á dar satisfaciones de que había oído que me habían dicho no sé qué de hechizos, y que la quisieron prender, y escondió la calle y casa. Vinome á desengañar y á decir que era otra Guía; y no es de espantar que con tales guías vamos todos desencaminados. Yo (13) la conté su dinero; y estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo, que se acuerda de mí, trazó que la vinieron á prender por amancebada, y sabían que estaba el amigo en casa. Entraron en mi aposento; y como me vieron en la cama, y ella conmigo, cerraron conmigo y con ella, y diéronme cuatro ó seis empello-

(8) á las mujeres refranes que dijese. (M. F.)

(9) encajar (M.) — engazar (F.)

(10) (11) pediduras (M.)

(12) hubieras (M. F.)

(13) le conté (R.)

nes muy grandes, y arrastráronme fuera de la cama: á ella la tenían asida otros dos, tratándola de alcagueta y bruja. ¡Quién tal pensara de una mujer que hacia la vida referida! A las voces que daba el alguacil, y mis grandes quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dió á correr. Ellos, que lo vieron, y supieron (por lo que decia otro guésped de casa) que yo no lo era, arrancaron tras el picaro y asíronle, y dejáronme á mí repelado y apuñeteado; y con todo mi trabajo, me reia de lo que los picarones decian á la vieja, porque uno la miraba y decia: «¡Qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos á vuestro servicio!» Otro: «Ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes para que entreis bizarra.» Al fin (1) trujeron al picaron, y atáronlos á entrambos. Pidiéronme perdon y dejáronme solo. Yo quedé en algo aliviado de ver á mi buena huésped en el estado que tenia sus negocios; y así, no me queaba otro cuidado sino el de levantarme á tiempo que la tirase mi naranja, aunque (según las cosas que contaba una criada que quedó en casa) yo desconfié de su prision, porque me dijo no sé qué de volar, y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho dias, y apenas podia salir, diéronme doce puntos en la cara y hube de ponerme muletas.

Halléme sin dinero, que los cien reales se consumieron en la cama, comida y posada; y así, por no hacer más gasto, no teniendo dinero, determinéme de salir con dos muletas de la casa, y vender mi vestido, cueillos y jubones, que era todo muy bueno. Hicelo, y compré con lo que me dieron un colete de cordoban viejo y un jubonazo de estopa famoso, mi gaban de pobre, remendado y largo, mis polainas y zapatazos grandes, la capilla del gaban en la cabeza; un Cristo de bronce traía colgando del cuello, y un rosario. Impúsome, en la voz y frases doloridas de pedir, un pobre que entendia (2) del arte mucho; y así, comencé luego á ejercitarlo por las calles. Cosíme sesenta reales, que me sobraron, en eljubon; y con esto me (3) metí á pobre, fiado en mi buena prosa. Anduve ocho dias por las calles aullando en esta forma, con voz dolorida y reclamamiento de plegarias: «(4) Dalde, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo.» Esto decia los dias de trabajo; pero los (5) de fiesta comenzaba con diferente voz, y decia: «Fieles cristianos y devotos del Señor, por tan alta princesa como la Reina de los ángeles, Madre de Dios, dadle (6) una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor.» Y paraba un poco, que es de grande importancia, y luego añadía: «Un aire corruto, en hora menguada, trabajando en una viña, me trabó mis miembros: que me vi sano y bueno, como se ven y se vean, loado sea Dios.»

Venían con esto los ochavos tropicando, y ganaba mucho dinero; y ganara más si no se me atravesara un moceton mal (7) encarado, manco de los

- (1) trajeron (M. F.)
 (2) bien del arte; y así comencé (Id.)
 (3) metía pobre (Z. R. P.)
 (4) Dadle, (M. F.)
 (5) dias de (Id.)
 (6) limosna (Id.)
 (7) carado, (Id.)

brazos y con una pierna ménos, que me rondaba las mismas calles en un carretón, y cogia más limosna con pedir mal criado. Decia con voz ronca, rematando en chillido: «Acordáos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor por mis pecados; (8) dalde al pobre lo que Dios reciba;» y añadía: «Por el buen Jesús;» y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dije más Jesús, (9) sino quitábale la s, y movía á más devocion. Al fin, yo mudé de frasecicas y cogia maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero y liadas, y mis dos muletas. Dormía en un portal de un cirujano con un pobre de cantón (uno de los mayores bellacos que Dios crió): estaba riquísimo, y era como nuestro rector; ganaba más que todos; tenia una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecia que tenia hinchada la mano y manca, y con calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto, y con la potra defuera, tan grande como una bola de puente, y decia: «¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano!» Si pasaba mujer, decia: «Señora hermosa, sea Dios en su ánima;» y las más, porque las llamase así, le daban limosna y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico, «¡ah, señor capitán!» (decia); y si otro hombre cualquiera, «¡ah, señor caballero!» Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría; y si clérigo en mula, señor arcadiano: en fin, él adulaba terriblemente. Tenia modo diferente para pedir los dias de los santos; y vine á tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto, que en dos dias estuvimos ricos: y era que este tal pobre tenia tres muchachos pequeños, que recogian limosna por las calles y hurtaban lo que podian. Dábanle cuenta á él, y todo lo guardaba; iba á la parte con dos niños de cajeta en las sangrias que hacian de ellas.

Yo, con los consejos de tan buen maestro y con las liciones que me daba, tomé el mismo arbitrio, y me encaminó la gentecilla á propósito. Halléme en ménos de un mes con más de docientos reales horros; y últimamente me declaró (con intento que nos fuésemos juntos) el mayor secreto y la más alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos: y era que hurtábamos niños cada dia entre los dos cuatro ó cinco; pregónábanlos, y salíamos nosotros á preguntar las señas, y decíamos: «Por cierto, señor, que lo topé á tal hora, y que si no llego, que lo mata un carro; en casa está.» Dábannos el hallazgo, y venimos á enriquecer de manera, que me hallé yo con cincuenta escudos y ya sano de las piernas, aunque las traía entrapajadas (a).

Determiné de salirme de la corte y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocia ni me conocia nadie. Al fin yo me determiné; compré un vestido pardo, cuello y espada, y despedíme de Valcázar (que era el

- (8) dadle (M. F.)
 (9) y quitábale (Id.)

(a) El insigne y famoso gobernador de la insula Barataria hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque, á la sombra de la mancuada fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha.

Las ficciones, embustes y embelecios de los mendigos pordioseros en aquella época no tienen número, y pueden verse en los Discursos del amparo de pobres y reducción de los fingidos, del doctor Cristóbal Perez de Herrera.

pobre que dije), y busqué por los mesones en qué ir á Toledo.

CAPITULO IX.

En que me hago representante, poeta y galán de monjas, cuyas propiedades se descubren lindamente.

En una posada topé una compañía de farsantes, que iban á Toledo; llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo habia sido mio del estudio de Alcalá, y habia repegado y metidose al oficio. Díjele lo que me importaba el ir allá y salir de la corte; y apenas el hombre me conocia con la cuchillada, y no hacia sino santiguarse (1) de mi *per signum crucis*. Al fin me hizo amistad (por mi dinero) de alcanzar de los demas lugar para que yo fuese con ellos. Ibamos barajados hombres y mujeres, y una entre ellas, la bailarina, que tambien hacia las reinas y papeles graves en la comedia, me pareció extremada sabandija. Acertó á estar su marido á mi lado, y yo, sin pensar (2) á quién hablaba, llevor del deseo de amor y gozarla, díjele: «Esta mujer ¿por qué orden la podemos hablar, para gastar con (3) su merced veinte escudos, que me ha parecido hermosa?» «No me está bien á mí el decirlo, que soy su marido (dijo el hombre), ni tratar de eso; pero sin pasion (que no me mueve ninguna) se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo ni tal juguetoncita;» y diciendo esto saltó del carro y fué al otro, según pareció, por darme lugar á que la hablase. Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que por estos se pudo decir que tienen mujeres como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasion, y preguntóme que adónde iba, y algo de mi hacienda y vida. Al fin dejámos, tras muchas palabras, para Toledo las obras: íbamos holgando por el camino mucho.

Yo (acaso) comencé á representar un pedazo de la comedia de San Alejo (a), que me acordaba de cuando muchacho, y representélo de suerte que les di codicia; y sabiendo, por lo que yo le dije á mi amigo que iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome que si queria entrar en la danza con ellos. (4) Encarecíronme tanto la vida de la farándula, y yo, que tenia necesidad de arrimo y me habia parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor: hícele escritura de estar con él, y dióme mi racion y representaciones; y con tanto llegámos á Toledo. Diéronme que estudiase tres ó cuatro loas, y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz (b). Yo puse cuidado en todo, y eché

(1) *per signum crucis*. (M. F.)

— De mi cuchillada.

(2) á quien me hablaba, (Id.)

(3) ella veinte (Id.)

(a) Una suelta, impresa en Valencia con este título, cita sin nombre de autor el índice formado en 1716 por don Juan Isidro Fajardo, que manuscrito posee la biblioteca Nacional. Muchos años adelante Moreto hubo de escribir otra de San Alejo.

(4) Encarecíame (M. F.)

(b) Comenzaban las representaciones dramáticas entre griegos y romanos por un prólogo, declarando el argumento de la fábula, ó prestando luz á lo futuro de la accion, ó respondiendo á maldiciente adversario, rindiendo gracias al pueblo, elogiando al autor y la obra.

Cuidadoso de acercarse á las formas antiguas, en los albores de nuestro teatro y del siglo xvi, aderezó el extremeño Bartolomé de Torres Naharro sus comedias con un *intróito* y *argumento* en boca de zafio pastor, siempre gracioso, pero desvergonzado y lascivo. Lope de Rueda, varón insigne en la representacion y en el entendimiento, y su contemporáneo Juan de Timoneda, no desdeñaron

la primera loa en el lugar: era de una nave (de lo que son todas) que venia destrozada y sin provision; decia lo de: «Este es el puerto;» llamaba á la gente *senado*; pedia perdon de las faltas y silencio, y entréme. Hubo un vitor de rezado, y al fin parecí bien en el teatro. Representamos una comedia de un representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sabios, y no de gente tan sumamente lega (c); y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos (d); que me acuerdo yo ántes, que si no eran comedias del buen Lope de Vega y Ramon, no habia otra cosa (e). Al fin, la comedia se hizo el primer dia, y no la entendió nadie; al segundo empezámosla, y quiso Dios que empezaba por una guerra, y salia yo armado y con rodela; que si no, á manos de mal membrillo, tronchos y badeas acabo. No se ha visto tal torbellino; y ello merecíalo la comedia, porque traía un rey de Nor-

ataviar del propio modo las suyas, dándole más oportunidad al intróito, mayor decencia, interes y movimiento escénico.

Vino con el tiempo á limitarse esta parte de la representacion á recomendar toda nueva compañía, entretener la curiosidad del público, ganarle con tisonjas, ó cautivarle con humildad y buen término: entónces se llamó *loa*. Ricas en buenos y fáciles versos y lozanas imágenes las escribió por los años de 1600 Agustín de Rojas, representante, y autor del *Viaje entretenido*; pero reinando Felipe IV se llevó la palma el toledano Luis Quiñones de Benavente en la traza, amenidad y tersura de estos pequeños rasgos poéticos, y de los bailes y entremeses.

(c) No es ofuscamiento asegurar que de mano de los farsantes recibieron los doctos la comedia castellana, habiendo aquellos bosquejado el carácter y fisonomía por que se distingue, y adivinado la senda hermosa que debian allanar Juan de la Cueva, Cervantes, Mira de Mesca, Tárrega, Luis Vélez y cuantos ayudaron al gran Lope de Vega á levantar tan grande máquina.

El peregrino ejemplo de Lope de Rueda, que con la misma felicidad componia que representaba, deslumbró y cegó á ineptos faranduleros, quienes presumieron en su frenesí competir y hombrar con el padre del teatro español. Los nombres de algunos de estos más ó ménos atinados ingenios, Agustín de Rojas nos ha conservado en uno de sus intróitos:

De los farsantes que han hecho
 Farsas, loas, bailes, letras,
 Son: Alonso de Morales,
 Grajales, Zorita, Mesa,
 Sanchez, Rios, Avendaño,
 Juan de Vergara, Villegas,
 Pedro de Morales, Castro,
 Y el del hijo de la tierra;
 Caravajal, Claramonte,
 Y otros que no se me acuerdan,
 Que componen y han compuesto
 Comedias muchas y buenas.

De ellos fueron Alonso de Vega, Gaspar Vazquez, Alonso de Cisneros, Juan Correa, Tomas de la Fuente, Gabriel de la Torre, y varios que se citan en el *Viaje entretenido*, y cuyas obras conserva en parte la biblioteca del señor duque de Osuna y del Infantado.

(d) Parece (según el mismo Rojas) que ataviándolas con ropas y tunicelas, hubo de ser su inventor el licenciado Berrio. Fue este insigne letrado y muy conocido en los consejos del Rey.

(e) Licenciado Ramon le apellida Rojas; maestro Ramon, sacerdote, le nombra el Magistral de Villafranca Antonio Navarro que escribió á favor de las comedias; Cervantes el doctor Ramon, y afirma que sus trabajos fueron los más despues de los del gran Lope. Atribuyensele entre otras, las comedias del *Sitio de Mons* por el duque de Alba, y *Las tres mujeres en una*.

Tan aplaudido poeta, que mereció tantos encomios del autor del *Quijote* en el prólogo de sus obras dramáticas y en el *Viaje del Parnaso*, es el célebre fray Alonso Ramon, del territorio de Cuenca, que siendo ya doctor en teología tomó el hábito en los mercenarios: hombre de varia y amena doctrina, de mucha erudicion y de fácil ingenio, dispuesto para escribir en todas materias, y á quien debe el público la *Historia de la conquista de Nueva-España*, de Bernal Diaz del Castillo.